

Una aproximación a las pestes y epidemias en la antigüedad

An approach to the plagues and epidemics in Ancient World

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO*

INMACULADA GARCÍA GARCÍA**

RESUMEN

En este artículo se estudian los principales episodios de pestes y epidemias que se produjeron en las civilizaciones de la antigüedad. Se analizan la gran peste de los hititas, en época del rey Mursili II (1321 a. C.-1295 a. C.), la peste padecida por los filisteos (peste de Azoth), las epidemias padecidas por el ejército cartaginés en Sicilia (siglos V y IV a. C.), la gran peste de Atenas en 439-429 a. C. (en la actualidad interpretada como tifus), las epidemias en la República romana de los siglos V y IV a. C., así como las epidemias padecidas por el imperio romano (en especial la peste de los Antoninos en el siglo II, y la de Cipriano en el siglo III, que se interpretan como viruela y sarampión). Finalmente se exponen datos sobre la peste padecida por Bizancio, en época del emperador Justiniano, que constituye ya, sin duda, el primer azote importante de la peste bubónica.

ABSTRACT

This article examines the principal episodes of pest and epidemics that occurred in ancient civilizations. It discusses the great plague of the Hittites, in time of king Mursili II (1321-1295 B.C.), the plague suffered by the Philistines (Azoth Plague), the epidemics suffered by the Carthaginian army in Sicily (V and IV centuries B. C.), the great pest of Athens in 431-429 B. C. (at present interpreted as typhus), the epidemics in the Roman Republic of the V and IV centuries B. C.), and epidemics suffered by the Roman Empire (especially the plague of the Antonines in the Second century, and that of Cyprian in the Third century. Which are interpreted as smallpox and measles). Finally, we expose data of the plague suffered by Byzantine in time of Emperor Justinian, which is now undoubtedly the main scourge of bubonic plague.

PALABRAS CLAVE

Oriente Próximo, Grecia, Roma, epidemias, sociedad.

KEYWORDS

Middle East, Greece, Rome, Epidemics, Society.

Recibido el 21 de septiembre de 2012. Aceptado el 12 de noviembre de 2012

* Universidad de Castilla-La Mancha. E-Mail: Enrique.Gozalbes@uclm.es

** Universidad de Granada. E-Mail: igarcia@ugr.es

La investigación de las principales pandemias de la antigüedad se ha abordado de una forma prioritaria en dos direcciones que resultan complementarias:

— En primer lugar destaca el análisis del problema más directamente relacionado con los aspectos médicos o sanitarios, es decir la compleja identificación de los principales síntomas de cada una de las endemias, a partir de las débiles referencias conservadas en la documentación literaria. Las respuestas acerca de las identificaciones de las enfermedades son difíciles puesto que en muchos casos lo que conocemos son simples alusiones de pasada al estallido de una peste en un momento y en un lugar o lugares determinados. Esta línea de estudio ha sido la tradicionalmente seguida por los investigadores médicos en el abordaje de la cuestión, desde el primer trabajo pionero, el de la recopilación de las pestes de la antigüedad efectuada por Atanasio Kircher a mediados del siglo XVII¹.

— Una segunda línea de investigación, a la que en general han sido más proclives los historiadores, ha dirigido la atención sobre todo al impacto más o menos fuerte de las pandemias en las sociedades, cuyo orden y supervivencia se ve duramente afectado por esa enfermedad. No obstante debe reconocerse que también la línea que focaliza la atención en la incidencia social de la enfermedad se ha desarrollado entre los investigadores sanitarios².

Todas las civilizaciones de la antigüedad, en mayor o en menor medida, sufrieron en diversas ocasiones los azotes de las enfermedades epidémicas. Y todas ellas también en mayor o menor proporción abordaron el problema a partir de tres elementos tal y como aparece en la narración de los acontecimientos. En primer lugar pusieron en marcha algunas medidas de carácter religioso-mágico, con el fin de aplacar a los dioses y fuerzas sobrenaturales. En segundo lugar, también en todas ellas, al menos hasta donde alcanza la documentación, se trató de utilizar el conocimiento científico a través de la actuación profesional de los médicos³.

Y finalmente, también fue constante la implicación, a su manera, del poder público en la lucha para vencer la plaga, pues el ataque de la pandemia constituía un factor de ruptura de la cohesión. Por ejemplo, en la Roma republicana la cos-

¹ KIRCHER, A., *Scrutinium physico-medicum consagiosae Luis quae dicitur pestis*, Leipzig, 1659.

² Sobre todo a partir de la obra de SINGER, H., *Civilization and Disease*, Nueva York, 1944, quien consideraba que la civilización constituía un factor de génesis de la enfermedad y de las epidemias que se relacionan de una forma bastante directa con la economía, la vida social, la legislación, la filosofía, el arte, etc. Después la faceta social fue profundizada en los estudios de ACKERCKMECHT, E. H., *History and Geography of the most important diseases*, Nueva York, 1965. Vid. al respecto de la evolución de la perspectiva de los estudios históricos sobre la enfermedad, BERNABEU, J., «La actualidad historiográfica de la Historia Social de la Enfermedad», *Revista de Demografía Histórica*, 7 (3), 1989, pp. 23-26; LÓPEZ PIÑERO, J. M., «Hacia una Historia Social de la Salud», *Aula de Historia Social*, 6, 2000, pp. 5-10; PESET, J. L., «De la Historia de la Medicina a la Historia de la Salud», *Eidon. Revista de la Fundación de Ciencias de la Salud*, 29, 2008-2009, pp. 77-83.

³ Naturalmente la bibliografía sobre la Medicina en la antigüedad es particularmente numerosa, y existen monografías dedicadas a la medicina en cada una de las civilizaciones. Vid. entre otros NUTTON, V., *Ancient Medicine*, Nueva York, 2005. Como visión general puede verse el volumen primero de LAIN ENTRALGO, P., (Dir.), *Historia universal de la Medicina*, Barcelona, 1972.

tumbre de la «fijación de un clavo», el traslado del culto a Esculapio, y la posterior construcción de un templo en su honor, o la introducción de la institución del *lectisternium* (banquete público de los dioses), se realizaron como unas medidas públicas para intentar acabar con la peste⁴.

En relación con la incidencia de las plagas más primitivas basta con repasar las obras literarias de la antigüedad, incluidos los libros religiosos de la *Torá* hebrea, para detectar la aparición de diversos estallidos epidémicos que se mencionan en esos textos con el nombre de pestes. Entre esas pandemias se encuentran algunas de las emblemáticas plagas de Egipto⁵, que más allá de la discutible realidad histórica, y del alcance de las hipotéticas enfermedades, han sido particularmente impactantes a partir del influjo permanente de los textos bíblicos.

Más adelante destacará sobre todo la epidemia que los hebreos consideraban que afectó a los filisteos, y que interpretaron como el castigo divino por haberse apoderado del Arca de la Alianza; el hecho mágico de los efluvios que surgirían de la apertura del mueble sagrado también se relaciona con la violación del espacio sacro en Partia atribuido al surgir de la epidemia de los Antoninos (siglos II). También puede tenerse en cuenta la peste que castigó al pueblo hebreo y que igualmente interpretaron como el castigo divino por los pecados cometidos por el rey David⁶, y de hecho en los escritores proféticos la amenaza divina del castigo a través del hambre y la peste se muestran como unas constantes.

Son temas todos ellos que, por el influjo de la Biblia en la civilización occidental, han tenido cierto impacto icónico, e incluso han sido objeto de representación por parte de la pintura en algunas ocasiones⁷. Muchas veces estas enfermedades contagiosas mencionadas por la Biblia se han interpretado como la lepra⁸, padecimiento característico del mundo hebreo, pero en el caso de la peste que afectó a los filisteos⁹, los tumores que se mencionan, así como la relación expresa con las ratas, sugiere otro tipo de epidemia bien diferente¹⁰.

⁴ CÊBE, J. P., «Les lectiscernes republicains», *Entre hommes et deux : le convive, le héros, le prophète*, Paris, 1989, pp. 27-40.

⁵ Con las que en muchas ocasiones se produce un esfuerzo por ofrecer explicaciones racionales a unos sucesos sin una comprobación histórica. Vid. por ejemplo TREVISANATO, S. I., *The Plagues of Egypt. Archaeology, History and Science look at the Bible*, New Jersey, 2005, y con anterioridad MARS, J. S. y MALLOY, C. D., «An Epidemiologic Analysis of Ten Plagues of Egypt», *Caduceus*, 12, 1996, pp. 7-24.

⁶ SAMUEL II, 24, 15; CRÓNICAS I, 21. En «tres días» de peste, lo que señala una limitación temporal, se señalan como muertos nada menos que 70.000 personas.

⁷ Por ejemplo, la peste de los filisteos fue rememorada por la pintura de Nicòlas Poussin «La peste d'Asdod ou peste des Philistins» (1630) que se conserva en el Museo del Louvre. Vid. BOECKEL, C. M., *Images of Plague and Pestilence. Iconography and Iconology*, Ann Arbor (Michigan), 2000.

⁸ ROSNER, F., *Medicine in the Bible and the Talmud*, Nueva York, 1977; GRMEK, M. D., *Les maladies à l'aube de la civilisation occidentale. Recherches sur la réalité pathologique dans le monde grec préhistorique, archaïque et classique*, Paris, 1983.

⁹ SAMUEL I, 5-6.

¹⁰ La posible relación de las ratas con la peste bubónica fue defendida por STICKER, G., «Die Peste in Berichten der Laien und in werken der Künstler», *Janus*, 3, 1898, pp. 129-139; MACARTHUR,

Debemos hablar de las pestes como un simple sinónimo de pestilencias. Es cierto que como señalaba S. Byl en el inicio de un trabajo sobre esta temática, «il y a peste et peste, épidémie et épidémie»¹¹. Porque el autor llamaba la atención acerca del problema, muy difundido en especial en los grandes estudios generales o en la divulgación, de traducir el término griego *loimós* por «peste», sin una mayor aclaración en relación con los propios conceptos, cuando de forma más acertada desde el punto de vista conceptual debería considerarse la existencia de pestilencias, es decir, de epidemias¹². Esta doble acepción del término «peste», referida por un lado a una enfermedad epidémica que podría nombrarse como pestilencia, y por el otro más propiamente y de forma concreta a la famosa peste producida por el bacilo de Yersin (peste bubónica aunque también tiene otras modalidades) ha ocasionado siempre discusiones más o menos importantes¹³.

Como señaló W. McNeill, en un libro emblemático acerca de la incidencia de las epidemias en las civilizaciones, «tales pasajes dan la seguridad de que los autores del Antiguo Testamento, cuando redactaron el texto en su forma actual, estaban muy familiarizados con la posibilidad de un súbito brote de una enfermedad mortal, e interpretaban tales epidemias como ocasionadas por unos actos divinos»¹⁴. Cuestión distinta es que la realidad de la epidemia se encuentre enmascarada por la traducción de «peste», que naturalmente ha dirigido al lector (desde el siglo XIV) en una determinada interpretación: la relación con la peste bubónica.

W. P., «The occurrence of the Rat in Early Europe. The Plague of the Philistines», *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*, 46, 1952, pp. 209-212; SHREWSBURY, J. F. D., *The Plague of the Philistines and other Medical Historical Essay*, Londres, 1964. No obstante, otros investigadores apuntan a la bilharziasis; DEVIGNAT, R., «La peste antique dans le cadre de l'histoire et de la géographie», *Mémoires de l'Institut royal colonial belge*, 1953, p. 37. Otro investigadores también ponen muy en duda esta identificación; vid. KOHLER, W. y KOHLER, M., «Plague and rats, the Plague of the Philistines, and what did our ancestor know about the role of rats in Plague», *International Journal of Medical Microbiology*, 2003 (11), pp. 333-340.

¹¹ BYL, S., «La peste à l'aube de la civilisation occidentale». *Les Études Classiques*, 61, 1993, pp. 25-34.

¹² Por ejemplo, BYL, S., p. 31 recuerda como la gran peste de la época del emperador romano Marco Aurelio, en la que murió éste mismo, muy probablemente identificable con la viruela, no recibió este nombre sino el griego de *loimós* y que era una enfermedad mortal: «ni Gallien ni les autres médecins n'ont ressenti le besoin de baptiser cette maladie pestilentielle, sans doute la plus meurtrière de toutes celles qui ont sévi dans l'empire romain: la variole, la variole —à l'étymologie évidente— ne reçut son nom latin qu'au VI siècle».

¹³ Una obra importante sobre la relación entre epidemias, poder y sociedad, aunque con muy escasas referencias a la antigüedad, es la de WATTS, S., *Epidemias y poder. Historia, enfermedad, imperialismo*, 2000, Barcelona. Es traducción española de *Epidemics and History. Disease, Power and Imperialism* (1997). Londres. El autor defiende en la obra que la civilización y el «desarrollo» lejos de suponer un obstáculo a las pandemias las fomentó.

¹⁴ MCNEILL, W. H., *Plagas y pueblos*, Madrid, 1984, p. 80. Es traducción española de *Plagues and peoples* (1976). Una recopilación de las epidemias documentadas en la Historia puede verse en KOHN, G. C. (Ed.), *Encyclopedia of plague and pestilence. From Ancient times to the present*, Nueva York, 1995. (existen reediciones posteriores). Vid. BYRNE, J. P. (Ed.), *Encyclopedia of Pestilence, Pandemics, and Plagues*, Westport, 2008.

W. McNeill se planteó el marco teórico de la difusión de las enfermedades infecciosas. Su conclusión general fue que a lo largo de la Historia existió una fuerte incidencia de las epidemias en el declive de algunas de las civilizaciones. Pese al enorme arsenal de casos de grandes pestes que documenta, es cierto que sin un tratamiento detallado son muchísimas las enumeradas, como también resultaba previsible, esta opinión no es compartida por muchos investigadores que han considerado bastante exageradas algunas de las narraciones sobre las pestilencias en el mundo antiguo, así como la propia valoración de su afección en las sociedades. Hasta el siglo XIX buena parte de las pestes antiguas, tal y como se referían en las fuentes, se identificaban por muchos estudiosos, sin mayor discusión, con las modalidades de la peste bubónica o pulmonar (*Yersinia pestis*)¹⁵. No obstante, McNeill no cae en la trampa nominativa, pues consideraba que en muchas ocasiones esa denominación de peste no significaba que la endemia se relacionara con la peste bubónica o pulmonar.

Las denominadas pestes, el nombre como señalamos con el que esas epidemias se han transmitido culturalmente¹⁶, constituyeron una inquietante realidad que en las civilizaciones de la antigüedad se manifestaba en diversas ocasiones, con una incidencia muy diferente según cada uno de los casos que tenemos documentados. Pero algunas de esas pandemias, pese a la escasez de los datos conocidos, indican la existencia de una incidencia particularmente fuerte en la población, lo suficiente como para que no puedan ignorarse como simple anécdota. Así en la civilización de los hititas, en el interior de Anatolia, en la época del rey Mursili II (1321-1295 a. C.) se desarrolló una pavorosa epidemia de peste que asoló las ciudades y campos; conocemos su impacto en la población sobre todo por los himnos y las plegarias, dada la necesidad que el rey tenía de aplacar el castigo divino, que se suponía que estaba provocado por su propia actuación¹⁷, y el hecho de que durara varios años (más de dos décadas) refleja que no fue una epidemia corriente, sino una afección que afectó muy duramente al conjunto de la población (también a los ricos según manifiesta con extrañeza alguno de los textos, con lo que indica que otras epidemias afectaban de forma limitada a los pobres) y además que permaneció muchísimo tiempo. La ausencia de datos concretos acerca de los síntomas impi-

¹⁵ Desde el punto de vista médico no puede descartarse que algunas de las afecciones de la antigüedad no pasaran de ser hechos puntuales, debidos a entidades nosológicas luego afortunadamente perdidas. Pese a todo, desde el punto de vista histórico y sanitario es más congruente la búsqueda de una identificación con enfermedades históricas lamentablemente conocidas. Vid. en general BURNETT, M., *Historia natural de las enfermedades infecciosas*, Madrid, 1982; BERNABEU, J., *Enfermedad y población. Introducción a los problemas y métodos de la epidemiología histórica*, Valencia, 1995.

¹⁶ PINO, L. M. y HERNÁNDEZ, J. P., «En torno al significado original del vocablo griego epidemia y su identificación con el latino pestis», *Dynamis*, 28, 2008, pp. 199-215.

¹⁷ ARCHI, A., «La peste presso gli Ittite», *Parola del Passato*, 171, 1978, pp. 81-89. Vid. SINGER, I. y HOFFNER, H. A., *Hittite Prayers*, Leiden, 2002, pp. 47 y ss. Vid. También sobre los textos, BERNABÉ, A. y ÁLVAREZ-PEDROSA, J. A., *Historia y leyes de los hititas. Textos del Reino Medio y del Imperio Nuevo*, Madrid, 2004.

de una mayor aproximación a una enfermedad epidémica tan potente que tiene difícil explicación desde el punto de vista sanitario.

Pero es cierto que el *loimós*, ya presente en el canto Primero de *La Iliada* como un castigo remitido por el dios Apolo¹⁸, era por lo general una enfermedad que en las *polieis* helénicas estallaba cada cierto tiempo, con una incidencia bastante puntual, que no solía sobrepasar unos pocos meses. En los tratados hipocráticos, incluidos el libro V dedicado a las *Epidemias*, podemos deducir claramente que estas afecciones contagiosas nada tenían que ver en realidad con la *Peste Negra* presente en el Mediterráneo desde la Baja Edad Media. Por ejemplo, en el libro I atribuido a Hipócrates se indica el estallido de una epidemia excepcional por su fuerza: *en ese año murieron muchos más y más rápidamente de lo que es habitual en estas enfermedades*¹⁹. En suma, lo normal en el mundo griego-helenístico era el no poder vivir al margen de las epidemias, pero éstas constituían fenómenos locales y de duración de temporada.

Y lo mismo solía acontecer en Cartago, como muestra con claridad la tan famosa como perversa institución de los sacrificios humanos, la cual se atribuía a partir de unos orígenes relacionados con el estallido de una peste; como fallaban todos los medios para conseguir la paralización de la misma, los cartagineses recurrieron a instituir los sacrificios humanos para intentar aplacar a los dioses²⁰. Este carácter relativamente limitado de las pandemias no constituyó obstáculo para que otros episodios fueran particularmente más fuertes en lo que respecta a la incidencia, por ejemplo la epidemia que llegó a aniquilar un ejército, como ocurrió con el cartaginés de Sicilia a finales del siglo V a. C. cuando asediaba Siracusa²¹, o nuevamente diez años más tarde en una peste atribuida al paso de un cometa²², que a nuestro juicio, por las fechas, puede ser considerado la primera observación del cometa Halley. Pero aunque la peste fuera particularmente aniquiladora de las tropas cartaginesas, en un contagio muy evidente, lo cierto es que la pandemia no fue más allá, y tampoco aparentemente fue transmitida por los supervivientes a la metrópoli y a otros lugares.

Naturalmente, cada uno de los idiomas de las distintas comunidades antiguas presentó un término propio para definir esa realidad, luego definida en la cultura latina como peste; en Mesopotamia existía el término concreto, el de *ukultu* (=manducación) puesto que consideraban que mediante la epidemia los dioses

¹⁸ *Iliada* I, 9-10.

¹⁹ *Epidem.* I, 2. Los tratados hipocráticos constituyen la lucha de la Medicina científica griega por abrirse paso, desplazando los principios puramente mágico-religiosos y su sustitución por la observación y la actuación profesional del médico.

²⁰ JUSTINO, XVIII, 6, 11-12; OROSIO IV, 6, 3-5. En cualquier caso, como es bien sabido la institución de los sacrificios humanos en el mundo cartaginés es un tema muy debatido, en especial en relación con su continuidad, y no existen respuestas definitivas al respecto.

²¹ DIODORO XIII, 86

²² DIODORO XIV, 75; JUSTINO, *Ep. Hist. Trg. Pomp.* XIX, 2, 7; OROSIO IV, 6, 10-11.

devoraban a la población²³. Aún y así, los estudios sobre la medicina en Babilonia muestran la limitación del fenómeno de las pestes²⁴. Incluso en la propia Biblia los términos utilizados naturalmente varían, así en hebreo la peste es *Déber* y *Qué-teb*, pero en la traducción y tradición de los Septuaginta ya es el griego *Loimós*, al igual que mucho más tarde en la Vulgata latina se va a traducir como *Pestilentia* o como *Pestis*²⁵.

A partir del estallido de la *Peste Negra* de 1348, y de la difusión de lo que podemos llamar concepto clásico de la peste, en sus modalidades bubónica, pulmonar o septicémica, se mostraba como una dura realidad. Se trataba de la pandemia transmitida por la picadura de la pulga (previamente infectada) de la rata. Fue entonces cuando las menciones de la Biblia, la literatura disponible, sobre las pestes aparecían particularmente impactantes como para que las mismas fueran relacionadas sin vacilación con la *Peste Negra*. Incluso con alguna anterioridad vemos en el Románico la representación de Jerusalén invadida por la peste en Santa María de Ripoll, y ya más tarde la representación de dos afectados por la peste (bubónica) de Egipto en la Biblia iluminada de Toggenburg (1411), una de las representaciones más difundidas de la *Peste Negra*. Y tampoco está de más indicar como en el siglo XIII en Castilla, en la *Grande e General Estoria*, la narración de la afección de la peste de los filisteos tenía ya una presencia importante como hecho histórico.

Volviendo al nombre de la peste, la traducción al latín de estos términos referidos a epidemias, en fuentes anteriores, siempre se realiza a través del nombre de la *pestis* o de sus derivados, siguiendo a este respecto la tradición de Roma²⁶. Esas variantes nos aparecen en los distintos textos de la antigüedad romana; así la consideración de *pestifer* aparece ligado a la enfermedad en los escritos del médico Celso, y relacionado con el aire, agua o cosas malas o malsanas (o infestadas) en escritores muy diversos tales como Virgilio, Valerio Flacco, Cicerón, Columela; además *pestilens* se nombra en relación a unos determinados lugares malsanos, o incluso se llega a aplicar a un año especial de desarrollo de la pestilencia, en escritores tales como Cicerón, Varro, Livio y Horacio; *pestilentia* aparece como muerte contagiosa por la enfermedad de forma expresa en múltiples autores

²³ LABAT, R., *La médecine babylonienne*, Paris, 1953, y en una visión más general ROUX, G., *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Madrid, 2.ª ed., 1990. Vid. en el terreno más especializado, KINNIER WILSON, J. V., «Organic diseases of Ancient Mesopotamia», en BROTHWELL, D. y SANDISON, A. T., *Diseases of Antiquity*, Springfield, 1967, pp. 191-208.

²⁴ REYES II, 19, 35 informa de una afección, bajo el símbolo del ángel de la muerte, en el ejército asirio que combatía en la zona de Jerusalén. Que habría ocasionado 185.000 muertos. Este episodio también es mencionado por JOSEFO, *Ant. Jud.* X, 1, 5 que lo menciona expresamente como una peste. En este caso también se habla de las ratas que habrían ocupado el campamento militar asirio, en la versión ofrecida por HERODOTO II, 141 que no menciona la peste.

²⁵ VIGOROUX, F., *Dictionnaire de la Bible*, vol. 5, Paris, 1908, s. v. «Peste», pp. 160-164 (el autor de esta voz es H. Lesêtre).

²⁶ En relación con la transmisión medieval BODSON, L., «Le vocabulaire latine des maladies pestilentielles et épizootiques», *Le Latin médiéval. La constitution d'un langage scientifique*, Saint-Etienne, 1991, pp. 215-241.

de la antigüedad, tales como César, Columela, Livio, Tácito, Plinio, Virgilio, Ovidio o Silio Itálico²⁷. Esta relación indica con claridad que el término más apropiado para definir las epidemias en la antigüedad es el de pestilencia o de peste, aunque pueda resultar confuso.

Respecto a la antigüedad las aproximaciones al fenómeno histórico de las pestes no siempre han conseguido ofrecer una visión representativa. Las investigaciones por lo general se lanzaron a analizar los datos sobre las enfermedades desde la perspectiva del médico, y sólo en las últimas décadas se les ha aplicado un análisis de crítica histórica en relación con el impacto social; por el contrario, la discusión acerca de la naturaleza de las epidemias tiene a estas alturas ya una larga tradición, y el papel de la peste frente a otras afecciones ha quedado cada vez más limitado.

Diversas sugerencias de carácter conceptual nos vienen sugeridas por la lectura de un trabajo, que por otra parte ya no es de muy reciente aparición, de J. L. Betrán Moya²⁸. Es cierto que el artículo al que nos referimos no trataba en ningún caso acerca de las pestes y pestilencias estudiadas por nosotros en el mundo antiguo, por el contrario estaba centrado en los momentos de la Edad Moderna, por tanto para unos siglos en los que disponemos de muchísima más documentación de archivos, e incluso impresos acerca de los temporales estallidos de peste que sacudieron las sociedades en esas épocas. También una época en la que fueron numerosos los médicos que publicaron tratados en relación con la lucha contra la enfermedad, y en concreto en relación con la peste. Y por otra parte, también en esa época la consolidación de la conciencia urbana fomentó la conservación de las noticias sobre las epidemias sufridas por las ciudades europeas. Todo ello ofrece un cierto marco de referencia para el estudio de las pandemias antiguas.

Naturalmente, y como podía presuponerse, nada de esto existe para la antigüedad, lo más parecido al respecto es la muy conocida y hasta cierto punto espectacular descripción del escritor griego Tucídides acerca de la peste de Atenas del 431 al 429 a. C., y que constituyó un auténtico modelo literario²⁹. Se trata de un relato con la descripción detallada de la afección sufrida por el Ática (pero también de forma mucho menos precisa previamente por el imperio persa y seguidamente por otras *polieis*) y que es conocido en la historiografía de la cuestión como «síndrome de Tucídides»³⁰. Pero también la afección, en la detallada narración de

²⁷ FORCELLINI, A., FURLANETTO, CORRADINI, F., PERIN, I., *Lexicus totius Latinitatis*, vol. 3, Patavia, 1940. Sobre la Medicina romana vid. el análisis historiográfico de GOZALBES, E. y GARCÍA, I., «En torno a la Medicina romana», *Hispania Antiqua*, 33-34, 2009-2010, pp. 323-336.

²⁸ BETRÁN MOYA, J. L., «La peste como problema historiográfico», *Manuscripts*, 12, 1994, pp. 283-319.

²⁹ ALSINA, J., «¿Un modelo literario de la descripción de la peste de Atenas?», *Emerita*, 55 (1), 1987, pp. 1-13.

³⁰ TUCÍDIDES II, 47 y ss. La enfermedad daba inicio con cefaleas, con el enrojecimiento y la inflamación de los ojos, de dónde la afección con toda rapidez pasaba a la garganta y la lengua,

Tucídides, dio lugar a unas escenas y a unas situaciones de alteración social que manifiestan el deterioro social y humano ocasionado a lo largo de la Historia por las más grandes pestes³¹, fuera la de 1348 en muchos puntos del mundo mediterráneo, en la Florencia descrita por Boccaccio, o en la Marsella de 1720.

Esta escasez de datos concretos de la antigüedad, con la excepción señalada, hace que no resulte nada extraño que, como es usual para otros muchos temas, el estudio sobre las pestes y epidemias en la antigüedad haya seguido su recorrido de forma en general aislada al análisis de otros periodos posteriores. Y sin embargo, justo es indicar que las aproximaciones a las pestes en casos concretos de la antigüedad, desde las que aparecen mencionadas en la Biblia a las de época tardía, han estado presentes no sólo en algunas ocasiones sino que, aunque sea particularmente desconocido, llegaron a ocupar un lugar importante en la construcción de los conocimientos médicos³². Como muy bien ha destacado V. Nutton las historias de las pestes tuvieron un influjo muy importante en el desarrollo de la práctica médica frente a las epidemias, mientras a partir del descubrimiento microbiológico de 1894 el proceso de estudio se ha desarrollado a la inversa: se han aplicado los propios conocimientos a la historia antigua de las pestes³³.

comenzando a generarse en el afectado un aliento que era especialmente fétido. Después comenzaba una especial ronquera, con estornudos, y los dolores bajaban al pecho, comenzando los incesantes ataques de tos. Después la afección pasaba al estómago, donde se generaban convulsiones, con vómitos y grandes dolores, en todo momento con arcadas. La piel mientras tanto se hallaba totalmente enrojecida, con hematomas y también se cubría de múltiples ulceraciones. Por esta razón, a los enfermos les era imposible soportar el contacto con ropa alguna, y tenían una sed continua e imparable. La muerte en esta situación se producía entre los siete y los nueve días desde que habían surgido los primeros síntomas. Los que superaban con vida esta fase veían como la enfermedad pasaba a las extremidades, atacando los genitales y los dedos de las manos y de los pies. La descripción tiene notables semejanzas con una de las epidemias descritas en uno de los tratados hipocráticos acerca de las Epidemias; *EPIDEMIAS* III, 4, tal y como destacó muy bien PAGE, D. L. «Thucydides' description of the great Plague of Athens», *Classical Quarterly*, 47, 1953, pp.97-119.

³¹ TUCÍDIDES II, 52, 4: *el azote de la peste era tan terrible que no se sabía qué hacer y se perdió todo tipo de respeto a lo religioso y a lo sagrado. De esta forma, se mutaron todos los ritos que hasta ese momento se habían usado en los entierros, puesto que cada cual enterraba como podía. Muchos recurrían a unos procedimientos que carecían de honra, ya que eran tanto los suyos fallecidos que carecían de todo lo necesario; se acercaban a las piras de los demás y, adelantándose a los que las habían formado, depositaban su muerto y encendía el fuego; otros superponían el suyo al que se quemaba y se iban; TUCÍDIDES II, 53, 4: ni el temor de los dioses ni de las leyes humanas detuvieron a nadie; por una parte, les daba igual mostrarse piadosos o impíos, puesto que veían a todos morir por igual y, en caso de actos criminales, nadie lograba vivir lo suficiente para que tuviera lugar el juicio y pudiera saber su castigo; por el contrario, mucho más pesada era la amenaza por la que ya estaban condenados y, antes de verla abatirse, ellos consideraban justo el disfrutar algo de la vida.*

³² En especial con la polémica entre los investigadores médicos franceses, destinados en Egipto en las primeras décadas del siglo XIX, que buscaron las referencias antiguas a las afecciones epidémicas. En unos casos vieron en las mismas la peste bubónica, mientras otros lo negaron, en la discusión acerca de si la peste era endémica y natural de Egipto que la irradiaba a todo el mundo. GOZALBES, E. y GARCÍA, I., «Las pestes en la antigüedad. Orígenes historiográficos». *Revista de historiografía*, 2012 (en prensa).

³³ NUTTON, V. (Ed.), *Pestilential complexities: Understanding medieval plague*, Londres, 2008.

Como señalamos con anterioridad, en Grecia las pestes constituyeron fenómenos por lo general estrictamente locales, lo que venía favorecido por la propia atomización política del mundo griego, y por unas comunicaciones realizadas sobre todo por mar. Apenas tenemos referencias a algunas de ellas, y siempre de pasada, como la que se atribuía parada con la puesta en práctica de unos determinados ritos por parte del sabio Tales de Mileto en Esparta³⁴, pero el ejemplo de la singularidad de la sufrida por Atenas en el año 584 a. C. muestra esta limitación de la incidencia. Esta peste fue interpretada como un castigo divino causado por el enojo ante hechos diversos, pero el propio dato de que un personaje traído desde Creta, Epiménides, fuera quien acabara con la plaga recurriendo a unos ritos³⁵, demuestra a la postre la limitación del fenómeno.

Pero si en Grecia las pestes o pestilencias fueron escasas, y de relativa baja incidencia, por el contrario el caso de Roma los alcances de las epidemias fueron muy distintos. Este hecho procedía de la realidad de que Roma construyó un enorme imperio basado en buena parte en la movilidad de las personas y de las mercancías, por lo que de hecho provocó la unificación microbiana³⁶. Aún y así en los primeros siglos, y particularmente durante la época de la República, Roma había padecido unas epidemias anuales que en ocasiones habían sido bastante potentes en lo que se refiere a la mortalidad³⁷. No obstante, la descripción (bastante somera por otra parte) de los síntomas plantea claramente la existencia de enfermedades bastante diferentes en cada caso, si bien es muy evidente que las propias condiciones pantanosas del medio cercano a la ciudad romana ocasionaron la extensión de la malaria³⁸.

Sin embargo, cuando se efectuó la expansión territorial de Roma, desde finales del siglo III a. C., curiosamente los brotes de epidemia en Roma se convirtieron en manifiestamente excepcionales, como muestra la escasa referencia a los mismos en las fuentes conocidas³⁹. Quizás la incorporación de Egipto a los dominios romanos, y la mayor interrelación comercial del puerto de Alejandría, pudo ocasio-

³⁴ PAUSANIAS I, 14.

³⁵ DIÓGENES LAERCIO I, 110. PLUTARCO, *Solon*, 12 habla de los hechos y de la actuación de Epiménides pero no menciona que los padecimientos fueran una peste.

³⁶ GRMEK, M. D., *op. cit.* (n. 6), p. 163.

³⁷ ANDRÉ, J. M., «La notion de Pestilentia à Rome: du tabou religieux à l'interprétation présicientifique», *Latomus*, 39, 1980, pp. 3-16.

³⁸ SALLARES, R., *Malaria and Rome*, Nueva York, 2002; NELSON, E. D., «Plagues of the Roman Republic», en BYRNE, J. P. (Ed.), *Encyclopedia of Pestilence, Pandemics, and Plagues*, Westport, 2008, pp. 538-540.

³⁹ DIÓN CASIO XLV, 17, 8 menciona una fuerte epidemia estallada en el año 43 a. C. y que además llegaba a la capital imperial después de su extensión por toda Italia. TÁCITO, *Ann.* XVI, 13 menciona la epidemia del año 65, bajo el emperador Nerón, indicando que no respetaba ni la edad ni sexo, que morían por igual los esclavos y plebeyos libres, y también aunque en menor proporción los caballeros y senadores; SUETONIO, *Neron XXXIX*, 1 atribuye a esta peste la muerte en el otoño de unas 30.000 personas en Roma, dato que repite OROSIO VII, 11. Sin duda alude a esta misma epidemia CELSO I, 10 cuando afirma que cuando estallaba una peste convenía alejarse, si es posible en un viaje por mar. En el año 78, bajo Vespasiano, estalló otra peste en Roma, citada por SUETONIO, *Tito*, VIII; OROSIO VII, 11 y SAN JERÓNIMO, *Chron*, p. 188.

nar una mayor exposición a la expansión de las pestes, ya que a juicio de Posidonio las mismas surgían en Etiopía a causa del calor seco y de los numerosos insectos que eran propios de esas regiones⁴⁰. Y en cualquier caso, debe también de tenerse en cuenta el testimonio de Séneca, válido para la época de Nerón, cuando afirmaba que se estaba produciendo la incorporación de nuevas enfermedades al mediterráneo romano debido a la intemperancia de los nuevos tiempos⁴¹. La visión ideológica senequista, acerca del tiempo pasado como mejor, reflejaba un relativo empeoramiento de la bondad sanitaria en la que el mundo romano transcurría desde el siglo III a. C.

Pero sin duda en la época de los Flavios ya la globalización del mundo mediterráneo estaba provocando la libre circulación de los agentes patógenos; Plinio señalaba que las enfermedades nuevas de la piel se estaban extendiendo en esa época ya por toda Italia, pero señalaba que no habían llegado ni a Hispania ni a las Galias⁴², lo que refleja una percepción de un traslado del Este a Oeste. A su juicio, Egipto era la madre que daba origen a todas estas afecciones de la piel y también la que las extendía a otros lugares⁴³. Pero la lepra (*elephantiasim*) llevaba ya bastante tiempo que había comenzado su extensión, en una enfermedad característica de Egipto⁴⁴. Pese a todo, quedaban muchos años para que, con la Peste de los Antoninos, el ciclo salutífero del Imperio romano sufriera un duro cataclismo.

Más allá de las pestes bíblicas, con su propio alcance, y de la poco conocida (pero aparentemente pavorosa) ya citada gran peste de los hititas, cuya duración de veinte años sugiere un acontecimiento muy grave, lo cierto es que cuatro episodios de la antigüedad clásica han sido los que siempre han sido más referenciados y conocidos por parte de los historiadores:

1. La citada peste de Atenas del 431 al 429 a. C. que ya ha sido objeto desde el siglo XIX de numerosas tesis doctorales, en la gran mayoría de ellas con el análisis de la hipotética identificación de la enfermedad que dio lugar a la epidemia⁴⁵. Desde el siglo XIX en muchas investigaciones específicas se relaciona la afección no con la peste bubónica sino con la viruela, si bien los últimos estudios científicos de arqueología forense apuntan a la afección de una modalidad del tifus⁴⁶. Como hemos señalado, la afección social ocasionada fue muy similar a la de

⁴⁰ ESTRABÓN XVII, 3, 10.

⁴¹ SÉNECA, *Ep. Ad Luc.* XV, 15-30.

⁴² PLINIO, *NH.* XXVI, 1.

⁴³ PLINIO, *NH.* XXVI, 4.

⁴⁴ PLINIO, *NH.* XXVI, 5.

⁴⁵ GEORGIADES, T., *De peste Atheniensi a Thucydide descripta*, Paris, 1815; LALLOT, N., *Le typhus ou peste d'Athènes*, Paris, 1884; FLEURY, M., *La peste d'Athènes (430-426 avant J. C.). Essai de critique historique et médiévale*, Paris, 1920. En España recientemente LEDESMA PASCAL, A., *Realidad histórica y metáfora política en Tucídides: la descripción de la peste de Atenas en «La Guerra del Peloponeso»*, Madrid, 2011

⁴⁶ Curiosamente esta opinión ya fue expresada por SÁNCHEZ NÚÑEZ, L., *Diccionario de fiebres esenciales*, Madrid, 1819, p. 299. El tifus fue defendido por MACARTHUR, W. P., «The plague of Athens»,

la *Peste Negra*, tal y como vemos en la actitud de la población que refleja de forma detallada Tucídides⁴⁷. Por esta razón, y como señalamos con anterioridad, el impacto que debió tener en la sociedad, al subvertir las normas sociales y políticas⁴⁸, es paralelo a la imagen de otras afecciones a lo largo de la Historia.

Un dato importante al respecto de la incidencia lo tenemos en la afirmación de Diodoro de Sicilia para quien en la gran peste de Atenas había fallecido nada menos que un tercio de los atenienses⁴⁹. Esta aproximación es sin duda exagerada pero ofrece una idea de lo pavoroso del fenómeno, que alcanzo dimensiones absolutamente excepcionales. Si lo comparamos con otros modelos históricos, el de la epidemia de Londres de 1603 (33.000 muertos), la de 1625 (41.000 fallecidos) o 1665 (69.000 muertos)⁵⁰, podemos observar en estos casos un 16%, un 20% y nada menos que un 33% de la población. Así pues, el modelo de la desaparición del 30-33% en Atenas, donde acabó incluso con la vida de Pericles, puede incluso no alejarse demasiado de la realidad.

En todo caso, es evidente que la peste ateniense continúa atrayendo la atención de los investigadores⁵¹. La mayor parte de esta extensísima bibliografía centra su atención en el análisis detallado del «síndrome de Tucídides», proponiendo al respecto una interpretación en relación con la enfermedad (peste bubónica, tifus exantemático, viruela, sarampión, combinación de elementos tóxicos, entidad nosológica desaparecida, etc.). En la actualidad tiende a confirmarse en los especialistas la conclusión de que la base de la enfermedad fue el tifus, probablemente mezclado con otros elementos tóxicos que fueron absolutamente letales para la sociedad ateniense.

2. La gran Epidemia de los Antoninos, también llamada epidemia de Galeno, que sucedía a una extensa etapa de calma referida a las pestes⁵². El desarrollo de la peste parece marcar el cambio de tendencia en la salud, en la demografía, y en

Bulletin Hist. Med., 32, 1958, pp. 242-254, y anteriormente en la tesis de N. Lallot mencionada en la nota anterior.

⁴⁷ Las referencias de Tucídides serán ampliamente utilizadas por Lucrecio, que ampliará la perspectiva dantesca de los moribundos deambulando por las calles: LUCRECIO VI, 1267 y ss: *multaque per populi passim loca prompta viasque languida semanimo cum corpore membra videres horrida paedore et pannis cooperta perire corporis inluvie*.

⁴⁸ LONGRIGG, J., «Epidemic, ideas and Classical Athenian Society», en RANGER, T. y SLACK, P., *Epidemic and ideas*, pp. 21-44.

⁴⁹ DIODORO XII, 58, 4. El propio Diodoro, que en el caso de la peste que estalló en 395 a. C. en el ejército cartaginés de Sicilia la relacionó con la aparición de un cometa, en este caso indicaba que la peste siguió a una temporada de grandes lluvias a la que siguieron grandes calores.

⁵⁰ Datos obtenidos de WRIGLEY, E. A., *Historia y población. Introducción a la demografía histórica*, Barcelona, 1985, p. 97.

⁵¹ Amplísima bibliografía recogida en ALSINA, J., «Un modelo», pp. 1-3. Vid. MORENS, D. M. y LITTMAN, R. J., «Epidemiology of the Pague of Athens», *Transactions of the American Philological Association*, 122, 1992, pp. 271-274; CUNHA, B., «The cause of the Plague of Athens: plague, Typhoid, Tiphus, Smallpox or Measles», *Infectious Disease Clinics of North America*, 18, 2004, pp. 29-43.

⁵² Tan sólo en época de Antonino Pío se menciona una peste en Arabia; SHA, *Vita Antoninus* IX.

general en la propia evolución del imperio romano⁵³. Esta gran pestilencia fue traída desde Oriente a Occidente por parte del ejército que estaba en campaña desde la tierra de los partos, y de hecho la peste que referimos fue la primera epidemia global, puesto que afectó a muchas provincias del imperio. En ella murió el propio emperador Marco Aurelio, que previamente había reclamado la intervención de Galeno⁵⁴. La extensión de la peste, desde la tierra de los persas, la zona europea del Rin y hasta las Galias, es mencionada por Amiano Marcelino⁵⁵.

Por su parte el contemporáneo Luciano de Samosata afirmaba que en realidad la peste se había originado en Etiopía, lo cual nos parece bastante discutible, no está de más indicar que en la gran peste de Atenas también se había considerado este origen, pero en este caso concreto resulta más dudoso; según Luciano a través de Egipto había llegado a Asia y Seleucia, y luego a través del ejército se había expandido por todo el imperio romano⁵⁶. En Roma la peste ocasionó varios miles de muertos⁵⁷. Y en Egipto es muy evidente a partir de algunos datos, incluidos censos de población en papiros, que la incidencia de esta pandemia fue enorme, ocasionando una notable disminución de la población. Por el contrario, no hay dato alguno que muestre que la pandemia llegara hasta Hispania, y de hecho todo el África Proconsular y las Mauritania aparentemente se vieron libres de la afección⁵⁸.

En las dos décadas siguientes la peste antonina tuvo nuevos rebrotes, lo que señala su carácter bien diferente en relación con el foco inicial en la tierra de los partos⁵⁹. Estas pandemias se han puesto en relación con la primera introducción de la viruela en el mundo mediterráneo⁶⁰. Por esta razón general de cambio de ciclo en la Historia de Roma, la peste antoniana ha seguido mereciendo la aten-

⁵³ STATHAKOPOULOS, D., «Plagues of the Roman Empire», en BYRNE, J. P. (Ed.), *Encyclopedia of Pestilence*, pp. 535-538.

⁵⁴ GALENO, *De met* V, 12 citaba la peste de esa época comparándola con la de Atenas: *fuit atque eius qua Thucydides memoria grassabatur*. El famoso médico romano indicaba que cuando llegó a Aquileia la peste golpeó de una forma como nunca antes, lo que llevó a que los emperadores (Marco Aurelio y Lucio Vero) huyeran hacia Roma con un pequeño grupo de soldados, mientras el conjunto del ejército padecía la mortalidad. Buena parte de los soldados murió ese invierno por la peste y otras enfermedades.

⁵⁵ AMIANO MARCELINO XXIII, 6, 24, quien indica que el estallido de la peste se atribuyó a una estatua de Apolo prendida por los soldados romanos en el saqueo de Seleucia.

⁵⁶ LUCIANO, *Quom. Hist. Conscr.*, 15.

⁵⁷ SHA, *Vita Marcus*, XIII.

⁵⁸ LASSÈRE, J. M., *Vbique Popvlvs. Peuplement et mouvements de population dans l'Afrique romaine*, Paris, 1977, p. 552.

⁵⁹ DIÓN CASIO LXXII, 14, 3-4 indica el estallido de la epidemia en Roma en el año 189 a. C. y en la que murieron 2.000 personas en un solo día. HERODIANO I, 12, 1: *en aquel tiempo una peste invadió Italia, pero la pandemia fue más virulenta en Roma debido a poseer una enorme población y recibir inmigrantes de todas partes. Como consecuencia de ella fue que se produjo una enorme mortandad tanto de hombres como de animales de carga*.

⁶⁰ GOZALBES, E. y GARCÍA, I., «La primera peste de los Antoninos (165-170). Una epidemia en la Roma imperial», *Asclepio*, 59 (1), 2007, pp. 7-22.

ción de los investigadores⁶¹. Cambio de ciclo que significaba también la entrada del imperio en una coyuntura demográfica negativa, sin duda no provocada solo por las epidemias, pero en la que las mismas colaboraban.

3. Las grandes y mortíferas epidemias padecidas por el imperio romano en el siglo III. Sobre todo la llamada peste de Cipriano, por estar muy referida su afección en el Norte de África por este obispo, destacó sobre todas: con un origen en Etiopía, se extendió por Egipto y por todo el Norte de África hasta alcanzar Roma. En Cartago la situación fue tan desastrosa que el propio Cipriano, ante el ataque de los ladrones por el abandono de casas, almacenes y artesanías, se vio obligado a organizar la comunidad⁶². Al parecer la epidemia, que duró muchos años⁶³, tuvo su origen en Etiopía y los síntomas con los que aparecen (diarrea y vómitos, ulceración de la garganta, fiebre alta, putrefacción de las extremidades, manos y pies) han conducido a W. McNeill a considerar que posiblemente constituyó la introducción del sarampión⁶⁴, aunque también en fechas recientes algunos autores han apuntado nuevamente al tifus como la enfermedad que dio origen a estas epidemias⁶⁵.

Debe tenerse en cuenta que las poblaciones mediterráneas debieron sufrir la entrada de la viruela y el sarampión en algún momento posterior a la prehistoria, convertidas en endemias infantiles con la adaptación de los organismos humanos. Desde finales del siglo XV estas poblaciones mediterráneas transportaron la enfermedad al continente americano, cuyos habitantes no tenían el organismo preparado con las defensas necesarias para estos gérmenes patógenos. El momento de irrupción de estas enfermedades en el mundo mediterráneo debió ocasionar grandes mortandades, por lo que son las epidemias del imperio romano, en el siglo II (la viruela) y III (el sarampión) las que tienen que interpretarse como esta irrupción.

En el año 253 también la peste afectaba duramente en Acaya, de tal forma que un cronista afirmaba que jamás en el pasado una enfermedad había provocado esa mortandad⁶⁶. En las décadas siguientes estallaron otros brotes, más o menos extendidos por territorios de Oriente, y quizás en algún caso pudo producirse algún brote de peste bubónica⁶⁷. Estamos muy mal informados acerca de las

⁶¹ BRUUN, C., «The Antonine Plague, and the third-century crisis», en KEKSTER, O., KLEIJN, G. y SLOOTJES, D. (Eds.), *Crises and the Roman Empire*, Leiden, 2007, pp. 201-217; GOUREVISCH, D., «Apparition et diffusion d'une maladie nouvelle: la peste de Marc Aurèle», en SIGNOLI, M., CHEVÉ, D., ADALIAN, P., BOETSCH, G. y DUTOIR, O. (Eds.), *Peste: entre épidémies et sociétés*, Florencia, 2007, pp. 345-351; MILLER, F., VANDOME, A. F. y MCBREWSTER, J. (Eds.), *Peste Antonine*, Londres, 2010.

⁶² CIPRIANO, *De Mortalitate*; KOHN, G. C., p. 251.

⁶³ Los ORAC SIB. XIII, 147-148 menciona esta época del emperador Volusiano como caracterizada por el hambre, la peste y la guerra.

⁶⁴ W. H. MCNEILL, pp. 117-118.

⁶⁵ BEN NÉFISSA, J. y MOULIN, A. M., «La peste nord-africaine et la théorie de Charles Nicolle sur les maladies infectieuses», *Gesnerus*, 67, 2010, pp. 30-56.

⁶⁶ ZOSIMO I, 26, 2.

⁶⁷ De hecho, RUFO DE EFESO, *Medicæ art. Princ.*, 1 describe sin lugar a las dudas los bubones de la peste que eran endémicos en zonas de Siria.

pandemias de la segunda mitad del siglo III, pero las mismas, con sus formidables efectos demográficos, han sido consideradas, en algunos casos con exageración, como causas directas de la crisis del Imperio romano⁶⁸. En cualquier caso, es poco dudoso que las epidemias fueron un factor que se sumó a otros problemas sociales, económicos y políticos, rompiendo de una forma creciente el frágil equilibrio demográfico de la antigüedad.

4. El último gran brote, epígono de la antigüedad, que marca anticipadamente en sus primeros tiempos la Edad Media, es la gran peste de Bizancio entre los años 541 y 544. En ese momento se produjo un cambio trascendental en la evolución sanitaria de los países de la cuenca del Mediterráneo, por cuanto estalló un pavoroso episodio pandémico que sería bien descrito por Procopio y Evagrio; en esos momentos una peste originada en Etiopía, y que extendida desde allí por muchos países, llegó a la capital imperial, a Bizancio⁶⁹. De nuevo llama la atención el hecho de que se considerara la Etiopía como foco de origen de la enfermedad. Procopio menciona en la *Guerra Persa* los datos sobre como incidió la peste en la ciudad:

La enfermedad duró cuatro meses en Bizancio, y su mayor virulencia duró tres meses. En un principio las muertes fueron algo más que lo normal, después la mortalidad se elevó mucho más, y más tarde alcanzó a 5.000 personas cada día, e incluso llegó un momento que fueron diez mil cada día y hasta más. Al principio todos los hombres asistían al entierro de los muertos de su propia casa, después los arrojaron en las tumbas de otros, para finalmente llegar a un estado de confusión y desorden. Esclavos fueron separados de sus dueños, y hombres que en tiempos habían sido ricos fueron privados del servicio de sus criados, que habían enfermado o muerto, llegando incluso a haber casas completamente vacías de seres humanos. Por esa razón sucedió que algunos de los hombres notables de la ciudad permanecieron sin sepultar durante muchos días⁷⁰.

La descripción que los autores mencionados hacen de los síntomas no deja lugar a las dudas acerca de la entidad nosológica, entre otras cosas por la presencia expresa de los bubones en los afectados por la enfermedad⁷¹: Constantinopla fue diezmada por la peste bubónica, la que hoy conocemos bien como transmitida por la pulga de la rata. Este episodio fue particularmente importante por la mortandad que ocasionó, y además porque no permaneció limitado en sus efectos territoriales, pues ese mismo año la peste ya hizo acto de presencia en el Occidente, Argelia, en España, y al año siguiente sin lugar a las dudas también en Italia y en

⁶⁸ De forma muy señalada WEITZ, D., *Famine and plagues as factors in the collapse of the Roman Empire in the third century*, Nueva York, 1972.

⁶⁹ Entre los numerosos trabajos sobre la peste bubónica en Bizancio y en el mundo mediterráneo podemos destacar el conjunto de aportaciones reunidas por LITTLE, L. K. (Ed.), *Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, Cambridge, 2007. En relación con la epidemia de peste de la época de Justiniano, ROSEN, W., *Justinian's Flea. Plague, empire and the Birth of Europe*, Nueva York, 2007 (=trad. *El fin del imperio romano. La primera gran peste de la era global*, Barcelona, 2008).

⁷⁰ PROCOPIO, *Guerra Persa* II, 23, 3-6.

⁷¹ PROCOPIO II, 22.

Francia⁷². Esta nueva y terrible realidad había llegado para quedarse con fuertes efectos en el Mediterráneo durante un largo tiempo, en concreto hasta la segunda mitad del siglo VIII⁷³.

En esa transición entre la antigüedad y el medioevo, falto de unas teorizaciones de carácter sanitario, sin duda el testimonio de Isidoro de Sevilla resulta particularmente significativo, como transmisor del legado del saber antiguo. El sabio obispo hispalense, en su enciclopedia de aproximación al origen de los nombres, cita la enfermedad de la peste como aguda, *de acutis morbis*, y la define de la siguiente forma: se trata de una enfermedad contagiosa (*pestilentia est contagium*), que cuando la tiene alguno pasa con toda rapidez a los demás (*quod dum unum adprehenderit, celeriter ad plures transit*). De acuerdo con la tradición clásica, Isidoro indicaba que la misma se formaba por la corrupción del aire (*gignitur enim ex corrupto aere*), afectaba inmediatamente al interior del cuerpo, a las vísceras (*in visceribus penetrando inmittitur*).

Pero naturalmente, como buen cristiano, el sabio obispo no podía menos que afirmar que por mucho que la peste se originara por la fuerza del aire, no se podría producir sin el correspondiente permiso de Dios⁷⁴. La pavorosa enfermedad se propagaba como el incendio, pero se llamaba también *inguinalis* porque golpeaba de forma primordial a la ingle⁷⁵. Aquí incorpora ya la significativa novedad propia de su época, actualizando los datos procedentes de la época romana, pues esta consideración de la peste como *inguinalis*, la típica bubónica, era consecuencia de la plaga aparecida en Bizancio y mundo mediterráneo a partir del año 542, y consta por tanto que la misma era tristemente conocida en la Hispania visigoda⁷⁶. Un nuevo mundo, caracterizado por la emblemática Peste Negra de 1348, había hecho acto de presencia.

CONCLUSIONES

Las civilizaciones de la antigüedad estuvieron en contacto muy estrecho con las epidemias. Las mismas fueron una realidad presente de una forma bastante

⁷² BIRABEN, J. N., *Les hommes et la Peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, Paris, 1975, pp. 25 y ss.

⁷³ La presencia de peste bubónica en el año 542 en España, bajo el rey visigodo Teudis, aparece citada en el *Chronic. Caesar*. En 573 Toledo fue asolado por la peste bubónica, en 588 había peste en la zona valenciana, en 707-709, vísperas de la invasión islámica, hubo otra epidemia de peste. Las fuentes árabes hablan de grandes epidemias en 804-805, especialmente en 900-901, en 919-920, 983-984, 1016-1017, 1232-1233 y 1237-1238. Sobre las pestes de época visigoda, GARCÍA MORENO, L. A., *El fin del reino visigodo de Toledo*, Madrid, 1975. Las pestes de al-Andalus las hemos extraído de la fuente traducida por MOLINA, L., *Una descripción anónima de Al-Andalus*, Madrid, 1983.

⁷⁴ ISIDORO, *Orig.* IV, 7, 17.

⁷⁵ ISIDORO, *Orig.* IV, 7, 19.

⁷⁶ GARCÍA, I., GOZALBES, E. y RAMOS, M. C., «Enfermedad y cuidados en la obra de Isidoro de Sevilla», *Index Enfermería*, 51, 2005, pp. 70-73.

constante, aunque se caracterizaron en su mayor parte por tener unos alcances que fueron realmente limitados. No obstante, en algunas ocasiones el estallido epidémico fue mucho mayor, desbordó esos estrictos alcances y, por esta razón, estos episodios son algo mejor conocidas. Entre las principales pandemias, de las que hemos tratado, se encontraron la peste de los hititas bajo el reinado de Mursili II, la peste de los filisteos, la famosa pandemia de Atenas en época de Pericles, las pestes sufridas por el ejército cartaginés en Sicilia, las padecidas por la Roma republicana, las del imperio romano en los siglos II y III, finalizando con la peste de Bizancio en época de Justiniano (siglo VI) que marcaba ya una nueva realidad.

La investigación histórico-médica ha dedicado una gran atención al problema de la identificación de las distintas enfermedades. Este hecho deriva del que los historiadores han mostrado escasa atención específica sobre estos temas, que por el contrario han sido desarrollados prioritariamente por parte de historiadores de la medicina. Aunque las respuestas no pueden ser definitivas, en el caso de la peste de los filisteos hay una sospechosa relación de la enfermedad con las ratas, y en la peste de los hititas hay un elemento de ruptura de los moldes posibles de interpretación, debido a la extrema duración de la misma, nada menos que dos décadas. Este hecho, improbable en una duración continua, sugiere la verosímil existencia de brotes y rebrotes pasado algún tiempo, que acerca los efectos a la peste clásica.

En el caso de las pestes de Grecia, los estallidos anuales sin continuidad marcan el aislamiento del mundo helénico, y también reflejan enfermedades contagiosas comunes que ocasionaban epidemias benignas. Excepción notable fue la gran peste de Atenas en época de Pericles, la epidemia más conocida y estudiada de todas las de la antigüedad. La extensa historiografía sobre la misma ha apuntado a interpretaciones diversas acerca del denominado «síndrome de Tucídides», pero los trabajos más recientes apuntan con cierta claridad a la identificación con el tifus, probablemente en combinación con otros elementos patógenos.

Las epidemias de la Roma republicana marcan un máximo de afección sanitaria entre los siglos V y IV a. C. La lectura de Tito Livio, y de forma complementaria de Dionisio de Halicarnaso, aporta el conocimiento acerca de una quincena de estallidos epidémicos que afectaron, en unos casos a los hombres, y en otros conjuntamente a hombres y animales. La realidad de estas enfermedades, sin dudas, fue muy diversa: el paludismo fue prácticamente endémico en el Lacio, pero algunas de las descripciones de focos más graves apuntan en otras direcciones bien diferentes. Alguno de ellos pudo corresponder precisamente al tifus exantemático⁷⁷. Pero la ampliación del espacio territorial de Roma, a partir de la Segunda Guerra Púnica, no fue acompañado de un empeoramiento de las condiciones sanitarias, en realidad fue al contrario, las epidemias desaparecieron de Roma,

⁷⁷ Cuestiones desarrolladas por parte de ANDRÉ, J. M., *op. cit.* (nota 37) y GOZALBES, E. y GARCÍA, I., *op. cit.* (nota 32).

probablemente también por las innegables medidas sanitarias adoptadas (por ejemplo, la ampliación de la Cloaca Máxima).

En la época del Imperio, los datos señalan la progresiva llegada de enfermedades, sobre todo afecciones de la piel, ya bien reflejadas en la segunda mitad del siglo I. Pero el cambio definitivo de la situación se produciría bajo los últimos Antoninos, con la llegada de la gran epidemia que, con un origen en el ejército en combate contra los partos, siguió una expansión que llegó hasta Germania y las Galias. No obstante, el Norte de África y las Hispanias fueron grandes territorios que no se vieron afectados, al menos a partir de los datos disponibles. Esta epidemia, que tuvo algunos rebrotes en años posteriores, se ha interpretado como la primera irrupción de la viruela en las poblaciones mediterráneas. De igual forma, las epidemias del siglo III se ponen en relación con la irrupción del sarampión. Estas terribles mortandades de los siglos II y III, que contribuyeron al cambio demográfico negativo (disminución de la población), supusieron la adaptación de las poblaciones mediterráneas, con la conversión de estas enfermedades en endemias infantiles.

En lo que respecta a los orígenes de las pestes o epidemias, en la antigüedad se originara la interpretación de unos focos endémicos en la Etiopía, y una transmisión al mundo mediterráneo a través de Egipto. Y entre las explicaciones se encontrara la siempre considerada corrupción del aire, motivada en ocasiones (pero no dejó de ser una tesis minoritaria en la antigüedad) ocasionada por causas astrales. Se recurrirá a esa corrupción difusa del aire, y sobre todo a la aparición de astros o cometas, cuando no se disponía de otra explicación más certera: la transmisión territorial desde Etiopía y Egipto a otros diversos países.

En relación con lo anterior se encuentra la noción de contagio. De hecho, en la peste de los hititas, o en la peste de los filisteos (en este caso expresamente se mencionan las ratas como trasmisoras) está presente la noción de contagio, y también en la narración de las pestes sufridas por el ejército cartaginés en Sicilia. De igual forma, desde el síndrome de Tucídides en la gran pestilencia de Atenas, en el que de forma expresa se habla del contagio, pero en muchos de los planteamientos de Roma la noción de contagio está bien presente, como en la famosa recomendación de la huida. Pero será la *Peste Negra* a partir de 1348 la que, por la magnitud del desastre, incorpore unas nuevas visiones que partirán de la antigüedad.

Ante los hechos se iba a producir una doble respuesta, una dirigida desde la ciencia médica, que demostraba a las claras su estricta limitación, y otra respuesta efectuada desde la religión⁷⁸. Boccaccio, en los relatos de *El Decamerón*, lo ex-

⁷⁸ ARRIZABALAGA, J., «La Peste Negra de 1348: los orígenes de la construcción como enfermedad de una calamidad social», *Dynamis*, 11, 1991, pp. 73-117; RODRÍGUEZ OCAÑA, E., «Medicina y epidemias. De la racionalización del mito al mito de la racionalización», en BARONA, J. L. (Ed.), *Malaltia i cultura*, Valencia, 1995, pp. 207-224.

presará con una claridad meridiana: la peste había llegado y estaba afectando de forma muy grave, fuera ello por causas astrales, o por las acciones humanas, pero fuera cual fuera el caso debido «a la justa ira de Dios». Según pasaba el tiempo, y morían con rapidez los afectados, la medicina de la época mostraba sus fortísimas limitaciones, lo que condujo por lo general a la búsqueda de chivos expiatorios, representados en muchos casos por los judíos⁷⁹.

En la antigüedad esa ruptura del orden, o peligro inminente de que así acaeciera, se manifiesta desde las plegarias del rey hitita Mursili II, los problemas políticos padecidos por Pericles en Atenas⁸⁰, o la introducción de nuevo ritos en la Roma republicana, que rápidamente las autoridades intentaron encauzar, con la introducción de los lectiscernios o el traslado del culto de Esculapio. Para la gran peste de Bizancio de la época de Justiniano también las fuentes informan de la ruptura del orden social y moral similar al reflejado por Tucídides en Atenas.

En todo caso, desde el punto de vista práctico, será importante como voluntad, pese a la limitación, la actuación de los propios médicos profesionales, presentes de forma expresa en Atenas y en Roma. Y ello también dejara su legado en la Baja Edad Media, cuando los médicos que afrontaban la peste dispongan por un lado de la observación, pero también sobre todo de algunos textos antiguos sobre la peste, destacando sobre todas ellas las observaciones de Galeno. Esa tradición clásica les permitirá señalar la incidencia de la peste a partir de dos vías alternativas: en primer lugar a partir de la corrupción del aire (las miasmas), y por otra parte la tesis del contagio entre las personas o a partir de los objetos⁸¹. Por limitada que fuera la visión era más que nada y preparaba las novedades de los siglos XVI y XVII, cuando ya se plantearía el contagio a partir de seres vivos. Esta posición, manifestada por Girolamo Fracastoro, mostraba hasta qué punto tenía que volverse a los saberes clásicos para conseguir el avance de la ciencia.

⁷⁹ En el terreno de la ciencia, fueron numerosas las aproximaciones de médicos, e incluso de algunas Universidades francesas como la de París, en relación con la causa de la gran pandemia de peste; *vid.* sobre todo los datos recogidos por ARRIZABALAGA, J., *op. cit.* (nota 74), pp. 87 y ss. Por lo general, los orígenes de la peste se pusieron en relación con causas astrológicas, si bien no dejaban de reconocer una voluntad divina en la enfermedad.

⁸⁰ PLUTARCO, *Pericles*, 34: *acaeció por vez primera la gran desgracia de la peste y la misma se cebó en los miembros de las edades más floridas y potentes. De esta forma, atacados en el cuerpo por la peste, así como en el espíritu, se enfurecieron con Pericles y con la enfermedad, al igual que con el médico o con el padre, lo atacaron para ofenderle frente a sus enemigos que lo acusaban de haber introducido la enfermedad con la entrada en la ciudad de toda esta gente procedente del campo...*

⁸¹ ARRIZABALAGA, J., «Discurso y práctica médicos frente a la peste en la Europa bajomedieval y moderna», *Revista de Historia Moderna*, 17, 1998-1999, pp. 11-20.

